

rren los hombres, y cuando más creen acercarse, más se separan de él.

En cambio, los goces purísimos de la familia son la única felicidad estable, duradera, que hay en la tierra.

¡Ah! Mi pena no es tan fácil... que se borre de mi alma.

Guacalcinla rompió á llorar.

—¿Penas tú?... dijo con acento cariñoso Guatimotzin.

—Sí; de mis dos hermanos, uno ha muerto á manos de los españoles, el otro le tienen en su poder.

El esposo de Guacalcinla le dirigió palabras de consuelo y de cariño, y la tranquilidad volvió á reinar en el hogar de los cónyuges.

CAPITULO XCI.

En el que los teopixques deciden á Quetlahuaca á contraer matrimonio.



OLVAMOS á Quetlahuaca.

Este monarca, cuyo carácter supersticioso, débil, pusilánime, le incapacitaba para seguir los destinos de su patria, creía en su insensatez que por haber obtenido aquel triunfo de los españoles en la batalla de la *noche triste*, no se atreverían á volver, porque si bien es verdad que en Otumba habían sufrido sus huestes, el hecho era que los españoles se habían retirado.

Creía también que, cediendo algo en favor de los tlaxcaltecas, éstos abandonarían á sus aliados, y en este caso nada tendría que temer de los extranjeros.

El príncipe de Iztacpalapa, como todos los que ocupan el sólio sin tener razón de ser, se cuidaba más de lo accesorio que de lo principal.

Mandó que se reparasen todos los desperfectos que había producido la guerra en la ciudad.

Dispuso que su palacio se adornara de una manera espléndida, y desde entonces se entregó por completo á la molicie y á los placeres.

Los teopixques, que como ya hemos dicho, trataban de apoderarse completamente de él, fomentaban estas inclinaciones, diciéndole que su alta jerarquía demandaba una vida suntuosa.

Pero no tardaron en comprender que el exceso de los place-

res podría arrebatarle la vida, y su muerte sería para ellos la pérdida de sus esperanzas.

Creyeron que lo mejor que podían hacer era obligar al monarca á contraer matrimonio, y eligiendo ellos á la que debía ser su esposa, tendrían absoluto dominio en los negocios del estado.

Guacolando fué el encargado de presentar la cuestión al monarca.

Hallábase éste un día muellemente reclinado en la hamaca real y rodeado de algunos servidores que quemaban perfumes preciosos en braserillos de oro, cuyas espirales de humo embalsamaban el aire, cuando presentándose en la estancia el astuto teopixque:

—Señor, le dijo, los sacerdotes, que solo procuran por el bien de su bondadoso monarca, han concebido un proyecto, y me han comisionado para que le ponga en vuestro superior conocimiento. Ordenad á vuestros servidores que nos dejen solos, y tendré el honor de cumplir la elevada, la grande, la noble misión que me han confiado.

—Retiraos todos, dijo el monarca, empezando á obedecer á la influencia de los teopixques.

Su orden se cumplió inmediatamente.

—Hablad, Guacolando, añadió afectuosamente Quetlahuaca

—Reunido hoy con mis compañeros, hemos recordado con placer los triunfos que vuestra pericia, vuestras relevantes dotes, han conseguido sobre los extranjeros. Todos hemos reconocido la superioridad que hay en vos sobre vuestro antecesor Moctezuma, y como es natural, hemos deseado que el imperio de México, perpetúe la estirpe de monarca tan esclarecido.

—Mucho agradezco la opinión que merezco á los teopixques, y me envanece más que todos los elogios que pudieran tribuarme los altos dignatarios del imperio. Pero esto no obsta para que yo reconozca y confiese que si he obtenido los triunfos

á que aludís, ha sido por la poderosa influencia que habeis ejercido en mi favor para con los dioses.

—Así es la verdad, y por lo mismo no podríamos ver con calma que algun aventurero, algun ambicioso, sucediese en el trono al esclarecido monarca que tan alta ha puesto la dignidad de su patria.

—¿Y qué pensais?

—Que elijais una compañera que os ayude á soportar los sinsabores de esta vida, una esposa tierna, dulce y cariñosa que os haga olvidar esa vida de placeres nefandos que enervan el espíritu y debilitan las fuentes de la vida.

—Jamás he pensado contraer ese lazo.

—¿Y por qué?

—Porque tengo formada mi opinión de las mujeres, porque sé que todas son falsas, porque sus halagos son hijos siempre del interés, porque con su acento cariñoso ocultan el veneno que hay en su corazón y al acercarse á nosotros emponzoñan nuestro aliento, se apoderan de nuestro ser, y cuando ya están seguras del dominio que ejercen, nos desprecian, nos maltratan y nos hacen sufrir crueles martirios.

—No me extraña que os expreséis en esos términos.

Esas ideas equivocadas que teneis respecto de la mujer, son eco fiel de la vida que vivís.

Mentidos y efímeros son ciertamente esos placeres á que os entregais. Ellos destruyen las fuerzas vitales, debilitan la inteligencia, y el cansancio que producen degenera en hastío. Pero no compareis esos ilusorios goces con los que proporciona la vida de familia, la santidad del hogar, el consuelo de los hijos.

—Repito que tengo ya formada mi opinión respecto de las mujeres, y que difícilmente cambiaré de modo de pensar.

—¿Y quién os dice que la alta dignidad á que os han elevado vuestros vasallos, que los altos deberes que teneis que cumplir; quien os ha dicho que no tengais que sacrificar vuestros

sentimientos, á la paz, á la prosperidad, á la tranquilidad del estado?

Quetlahuaca prestó mayor atención á las palabras del teopixque.

—La muerte nos sorprende cuando ménos lo esperamos. El día que os suceda esta desgracia, que sucederá más ó ménos tarde, porque todos tenemos que pagar este fatal tributo, vuestro imperio será víctima de espantosas luchas fratricidas.

Las ambiciones, mal encubiertas hoy, arrojarán la máscara por completo, se lanzarán á la lucha y vuestros votos, vuestros sacrificios para engrandecer el imperio, habrán sido infructuosos.

Algun príncipe que yo sé, y que vos conoceis, el más audaz y el más ambicioso de cuantos desean que llegue ese momento, Guatimotzin, no vacilará en los medios de conseguir su objeto.

La ciudad de México presenciará el horrendo espectáculo de desgarrarse sus varones más predilectos, de destruirse los padres y los hijos, de inundar las calles de sangre y de detener el curso de los ríos los millares de cadáveres que resultarán de la lucha.

Quetlahuaca que se hallaba profundamente conmovido por las palabras de Guacolando.

Este, viendo el terreno que iba ganando en el ánimo del moarca, añadió:

—Elegid lo que gustéis. Si persistís en vuestra negativa, el trono de México pasará á vuestra muerte á poder de Guatimotzin, si es que ántes no os lo arrebató; si por el contrario, accedéis á lo que os proponemos, dejareis á vuestro fallecimiento quien os suceda en él, y al efectuarse vuestro enlace desaparecerían las ambiciones que hoy se agitan.

—Pues bien; en ese caso daré mi mano á una mujer á quien he hecho esta promesa.

—Podré saber quién es la elegida para disfrutar de tan señalado honor?

—Litzajaya en varias ocasiones me ha demostrado gran adhesión. Recientemente ha estado á visitarme, y me ha indicado los medios que debía poner en práctica para exterminar á los extranjeros. Indudablemente es una mujer superior.

Por otra parte, mi enlace con ella me aseguraría la fidelidad de los de Pánuco, que nunca pudo someter á su dominio mi antecesor.

Me parece que no encontraría otra más digna á quien poder llamar mi esposa.

Guacolando fijó una penetrante mirada en Quetlahuaca.

—Bien os decía ántes, le dije, que no conociais á las mujeres. De otro modo, no hubierais fijado vuestros ojos en esa que por ningún concepto os conviene. Hay quien cree que no fué extraña á la muerte de su marido, y en esta suposición no podríamos consentir en que contrajéreis un lazo que podría comprometer vuestra existencia.

—¿Y á quién recurrir entónces?

—Tranquilizaos; habeis oído que sólo nos ocupamos de vuestra felicidad.

—¿Y bien?

—Que hemos examinado detenida y desapasionadamente á cuantas creíamos dignas de unir su suerte á la vuestra, y por fin hemos visto que ninguna reúne las relevantes cualidades que la hija de un poderoso cacique.

—¿Cómo se llama?

—Nincholutzco.

—De dónde es cacique?

—De Taxictlan.

—Recuerdo haber oído hablar de él; pero no conozco su historia.

—Prestadme atención y la sabreis.

—Os escucho.

Guacolando tenía interés en presentar á los ojos de Quetla-

huaca la esposa que le destinaba como un verdadero modelo de perfecciones.

El monarca prestó toda su atención al relato.

Hé aquí la historia que el antiguo ministro de Moctezuma refirió á su nuevo soberano.

CAPITULO XCII.

Historia del cacique de Taxictlan.



El cacique que anteriormente habia mandado en Taxictlan estaba casado con una india jóven y hermosa, llamada Chumbelia.

De su matrimonio no habian tenido hijos.

El cacique era muy avaro, y temia que á la muerte de su esposa sus parientes le reclamarian los cuantiosos bienes que poseia ésta.

Queriendo asegurar la posesion de una fortuna que de un momento á otro podria escapársele, trató de deshacerse de Chumbelia, y con desprecios al principio y con malos tratamientos despues, consiguió que su salud se debilitase.

Nincholutzco, que adoraba en silencio á la bella india, sufría lo que no es decible al saber lo desgraciada que era con aquel mónstruo; pero no se atrevia á abogar en su favor por temor de despertar sospechas en el inhumano esposo.

Procuraba, sin embargo, acercarse siempre que podia á la desventurada india, y en sus miradas le revelaba la parte que tomaba en sus penas y el ferviente deseo que tenia de hacer que cesacen.

Ella parecia comprender aquellas indicaciones, y por el mismo medio le manifestaba su gratitud.

Asi trascurrieron algunos meses, sin que el feroz cacique se apercibiese de aquel mudo lenguaje; pero no faltó quien le dijera que habia inteligencia entre su esposa y Nincholutzco.

Un dia corrió la noticia de que excitado por los celos habia

dado muerte á su esposa, y que como escarmiento para las adúlteras conservaba en su palacio la cabeza de la víctima, que exhibía á todo el mundo.

Nincholutzco comprendió que aquello seria un ardid para obligar á la india á que cediese sus bienes á su esposo, y para cerciorarse de una sospecha que habia cruzado por su mente, acudió á ver la ensangrentada cabeza.

Reconoció desde luego que los pendientes y adornos que tenia en las orejas y narices eran efectivamente los que usaba Chumbelia, pero apesar de lo desfiguradas que estaban sus facciones por efecto de los golpes, notó que aquella cabeza no pertenecía á su amada.

Desde aquel dia consagró toda su atencion á descubrir el misterio que encerraba la conducta del cacique, y lo primero que hizo fué comprar la fidelidad de uno de sus servidores de más confianza.

Por él supo que Chumbelia no habia muerto, que estaba encerrada en una gruta, que de sol á sol la llevaba exiguos alimentos, que cada dia iba disminuyendo la cantidad de estos, y que la amenazaba con condenarla á perecer de hambre si no le hacia donacion de todos sus bienes.

Sin perder tiempo acudió á un teocali, hizo como que consultaba á los dioses, y al salir, prorumpiendo en grandes exclamaciones:

—Chumbelia no ha muerto, decia; los dioses me han indicado el paraje donde se encuentra. Que me sigan los que den crédito á mis palabras, yo me comprometo solemnemente á entregar mi cabeza si no resulta cierto lo que digo.

El cariño que habia despertado en todos la bondad de la desgraciada esposa, les impulsó á seguir á su libertador, y no tardaron en llegar á la gruta.

Un grito de dolor se escapó de todos los labios al contemplar el triste estado en que se hallaba la prisionera.

Su demacrado semblante anunciaba una muerte próxima.

Los perniciosos efectos de la calentura famélica se revelaban en todo su sér.

Sus manos estaban ensangrentadas.

En su desesperacion habia arrancado piedras de las que formaban la gruta, y sus ojos espantados conservaban esa fijeza que hiela la sangre de cuantos ven á los que se hallan en semejante estado.

La indignacion que produjo en todos aquel horrendo espectáculo, se tradujo en un: ¡Muera el cacique!

Se dirigieron precipitadamente á palacio, se apoderaron de él, y despues de oír de sus labios la confesion de su crimen, fué conducido al teocali y entregado á los sacerdotes para ser sacrificado en aras de los dioses.

Chumbelia fué trasladada á su morada, y á fuerza de cuidados recobró las fuerzas perdidas.

Nincholutzco no se separó un instante del lecho de su amada durante la enfermedad.

Todos los tlaxictlanecas hacian votos porque Chumbelia pagase el servicio que le habia hecho Nincholutzco enlazándose con él.

Como nuestros lectores comprenden, así sucedió.

Restablecida completamente la enferma, dió su mano á su generoso salvador, y aquel fausto acontecimiento borró la mala impresion que el crimen del desnaturalizado esposo habia producido en todos los habitantes.

De este modo consiguió ser nombrado cacique el amante de Chumbelia.

—Pero hasta ahora, exclamó Quetlahuaca, que habia oído con grande interes la relacion de Guacolando, nada me habeis dicho de mi prometida.

—Escuchad hasta el fin. De su matrimonio tuvieron Nincholutzco y Chumbelia una hermosa niña, que hoy podrá te-

ner unos veinte años. Inhijambia, que así se llamaba, ha heredado de su padre la energía, el talento, la decisión, y de su madre la dulzura, el cariño, el amor.

Su madre ha muerto hace doce años, y desde entónces su cariñoso padre ha imbuido en su corazón sus más saludables máximas.

Si estas condiciones son apreciables á vuestros ojos, si creéis en la sinceridad de nuestras palabras al aconsejaros deis la preferencia á Inhijambia, dad vuestras órdenes para que salga una embajada á conferenciar con su padre, y para que si consiente en esa union, que tan honrosa es para su familia, y su hija es gustosa, como no dudamos, la acompañen á vuestra presencia.

Quetlahuaca, comprendiendo la razón que inspiraba tan juiciosas proposiciones, dió las órdenes oportunas para la salida de los embajadores.

Eligió para este cometido á personas muy principales.

Les dió las instrucciones convenientes, y cuando todo estaba dispuesto, partieron los embajadores á cumplir la importante misión que se les había confiado.

CAPITULO XCIII.

Negociaciones matrimoniales.



La embajada se presentó con toda solemnidad en Taxicatlan.

Nincholutzco, al saber que llegaba de parte del emperador de México, se apresuró á recibirla.

—Tenemos el honor de participaros, poderoso cacique, dijo, el más anciano de los embajadores, que el gran Quetlahuaca, príncipe de Iztacpalapa y soberano de México, nos envía para haceros una proposición que de seguro ha de agradaros.

—Hablad; yo prometo acceder desde luego á ella, siempre que no atente á amenguar la independencia con que aquí vivimos.

—Al contrario, léjos de atentar á vuestra independencia, trata de estrechar las relaciones amistosas que con él os unen, y confía en que no vacilareis en acceder á sus deseos.

—Explicaos.

—Altas razones de Estado, consideraciones que más tarde sabreis, han decidido á nuestro monarca á elegir esposa. Las razones que han expuesto los teopixques á favor de vuestra hija Inhijambia, la fama de su virtud y su hermosura han hecho que sea la preferida, y venimos á participaros esta noticia con esperanza de que concedereis la mano de la jóven al esclarecido soberano que aquí nos envía.

—Me creo muy honrado con esa predilección del emperador